



S E R M O N
P A R A E L L U N E S
D E L A Q U A R T A S E M A N A
D E Q U A R E S M A .
S O B R E L A O R A C I O N .

Ecce mulier Chananæa à finibus illis egressa clamavit, dicens ei: Miserere mei, Domine, fili David.

He aqui, que la Cananea clamó diciendo: Señor, Hijo de David, compadeceos de mí. *San Matheo cap. 15.*



Ué necesidad tenemos, Señores, de exemplos para probar la eficacia y fuerza de la Oracion? Independiente de todos los milagros, de los quales en todos tiempos ha sido causa la Oracion, ¿no sabemos lo que Christo nos enseña, cuya sola palabra nos es de mas estima, que todos los prodigios? Acordemos, que su Magestad le atribuye una especie de omnipotencia: la aplica à todas las

ne-

necesidades: la acomoda à todos tiempos, y la encarga à todo genero de personas: si por acaso no alcanzamos lo que pedimos, no lo atribuyamos à la Oracion, sino à nosotros mismos. En dos palabras, y en ellas la division de mi discurso. Dios en cierto modo se ha obligado à conceder quanto la Oracion le pida: primer punto. Nosotros en cierto modo obligamos à Dios à negar quanto la Oracion le pida: segundo punto. Por sí misma la Oracion todo lo puede para con Dios. Por culpa nuestra, nuestras Oraciones nada pueden para con Dios. Oremos mejor que lo hemos hecho hasta aqui: y esta es la mejor instruccion que os puedo dar. Pidamos la gracia, &c.

Para el Lunes de la IV. semana.

P A R T E P R I M E R A .

Q Uereis saber, pregunta San Ambrosio, qual sea la fuerza y eficacia de la Oracion? Reconoced todo lo que tiene mas memorable la Religion en sus anales, y à vista de maravillas tan superiores como la Oracion ha conseguido, juzgad de su poder para con Dios. Por la Oracion detuvo Josué al Sol en medio de su carrera: Elías hizo bajar fuego del Cielo: Moysés pasó à pie enjuto por en medio del mar Rojo, alcanzó victoria, sujetó Provincias, venció à sus enemigos. Por la Oracion se cayeron los muros de Jericó, Ninive se conservó, Bethulia se libertó, Judith cortó la cabeza à Ho-

lo-

Para el Lu-
nes de la IV.
semana.

lofernes; Estér salvó al Pueblo de Dios. Por la Oracion los Apostoles serenán las tempestades, arreglan los temporales, mudan los elementos, dán vista à los ciegos, oído à los sordos, lengua à los mudos, salud à los enfermos, vida à los muertos. Aun diré una singularidad de la Oracion, y es, que Dios solo puede hacerse obedecer de las criaturas; pero todo un Dios quiso, segun la expresion de la Escritura, obedecer à la voz del hombre: *Obediente Deo voci hominis.*

Jos. c. 10.
41.

¿De dónde, pues, tanta eficacia y valor à la Oracion? De tres motivos vereis que le conviene. Por el interés de la gloria de Dios, de la misericordia y de la fidelidad del mismo Dios en atender à nuestras oraciones. Es interés de su gloria; porque la Oracion es un omenage, que tributamos à la soberanía de su sér. Es interés de su misericordia; porque la Oracion es un memorial que le presentamos de nuestras necesidades. Es interés de su fidelidad; porque todo lo ha prometido à la Oracion, y se debe asimismo el ser fiel à su palabra. Tres circunstancias, que nos harán ver, que Dios se ha puesto en cierta especie de obligacion de concederlo todo à la Oracion. Voy à explicarme.

La Oracion es un omenage hecho à Dios. Sí, Señor, exclama el Real Profeta, todas las veces que os he invocado y he reconocido vuestro soberano dominio sobre mí, otras tantas me he desempeñado del culto de adoracion, que

co-

como à mi Criador os debia: *Quacumque die invocabi te: ecce cognovi quia Deus meus es.* Así vemos, que para enseñarnos à honrar à Dios nada se nos encarga mas, que invocarle: *Invoca me, & honorificabis me.* No hay Religion en el mudo, cuyo primer cuidado no sea dirigir sus votos y súplicas à la Divinidad que adora. La Oracion es una confesion de nuestra nada, un testimonio de nuestra dependencia, una señal y prueba de nuestra sumision: por esto es un acto y uno de los principales ejercicios de nuestra Religion. ¿Cómo concebiremos à un Dios zeloso de su gloria infinitamente sentido, si no se le dá el honor que se le debe? ¿Un Dios liberal y magnifico en sus dones; un Dios, que quiere comunicarsenos; un Dios, cuyo fondo ni puede agotarse ni aun disminuirse por los beneficios que nos hace, sin concebir un Dios propicio y facil de oirnos?

¿Qué será, si consideramos que nuestro omenage en cierto modo es omenage de Jesu Christo; que la Oracion contiene en sí todos los meritos de un Hombre Dios; que el Verbo Eterno ruega en nosotros y con nosotros; y quando oramos, la Divinidad es honrada por la Divinidad misma? Nada menos es lo que la Fé nos dice. Sí, dice el Hijo de Dios, quando mi Padre no os oyese, ni por lo que sois, ni por lo que merecis, pues por vosotros nada sois y nada merecis, os oirá por quien Yo soy. No os desalenteis à la vista de vuestra nada, que

Tom. III.

E

Yo,

Para el Lu-
nes de la IV.
semana.
Psal. 55. 10.

Para el Lu-
nes de la IV.
semana

Yo, como Cabeza invisible de mi Iglesia, rogaré por vosotros, que sois los miembros: como Redentor, Yo pediré que no se haya derramado mi sangre inutilmente por vosotros: como Mediador entre Dios y los hombres, Yo ofreceré vuestras súplicas, y las haré aceptables; como intercesor, Yo mismo en vosotros, por vosotros y con vosotros suplicaré; y lo que no sabiais alcanzar por vosotros mismos, Yo os lo alcanzaré:

Joann. 14.
16.

Ego rogabo Patrem. Mirad, Señores, como en todas las ocasiones los meritos de Christo han tenido la misma estimacion y valor para con Dios; así la Oracion en todas las ocasiones ha tenido la misma eficacia y poder para con su Magestad. Con los hombres es necesario buscar tiempo, aguardar ocasion para pedir les concedan algun favor. Por eso, aunque Asuero quiso saber desde luego qué pretendia de sus generosidades Esther: *Quid vis Esther, & quæ est petitio tua?* solo le suplicó por entonces la hiciese el honor de asistir à un festin en su quarto, lo que disponia para encontrar ocasion oportuna de manifestar sus sentimientos; y quando le pareció que con la alegria del convite estaba Asuero dispuesto à conceder quanto se le pidiese: *Quid petis, ut detur tibi?* y juzgó haber encontrado la ocasion que buscaba, al punto, sin perderla, pidió su vida y la de su pueblo, cuyo favor consiguió. ¡Miseria humana, estar sujeto à tantas desigualdades! En Dios no es así: à qualquier

Esther P.
5. 3.

ho-

Para el Lu-
nes de la IV.
semana

hora del dia ò de la noche, en qualquier tiempo de nuestra vida que le hablemos, está igualmente dispuesto à oírnos. Todos los tiempos son igualmente cómodos y favorables à la Oracion, porque en todos tiempos tiene Dios su gloria en escucharnos.

Sobre este supuesto, ¿cómo compondremos esta prodigiosa fuerza de la Oracion, con el poco ò ningun efecto que experimentamos todos los dias? ¿Cómo se creará que con la Oracion podemos aplacar las iras de Dios, y desarmar su colera; quitarle el azote de la mano, y alcanzarlo todo, quando nada conseguimos? Volvamos al principio, Señores, y es, que para ser tan poderosa la Oracion, ha de ser un omenage hecho à Dios; y nuestras Oraciones frecuentemente son un agravio y un ultrage del mismo Dios: la Oracion debe ser una elevacion de nuestra alma ácia Dios; y le suplicamos sin atencion, por costumbre y por habito: solo con la boca pedimos, y tenemos muy distante el pensamiento; y pidiendo à Dios que nos oyga, aun nosotros no nos oimos: le negamos muchas veces este omenage sin suplicarle cosa, pues nos hincamos de rodillas, y nos levantamos sin haber pensado siquiera en él: emprendemos nuestras acciones sin consultarle primero, y sin ofrecerselas: nos salimos algunas veces de la Iglesia sin haber pensado à lo menos, que estabamos en su presencia, y que allí principalmente quiere ser respetado; y aun me atrevo à

E 2

de-

Para el Lunes de la IV. semana.

decir, puede ser que me engañe, que entre los que me oyen habrá alguno à quienes se les pasan meses y años sin hacer à Dios una súplica, ni decir alguna Oracion. Es cierto, Señores, que hay gracias especiales, hay gracias escogidas y privilegiadas, que Dios solamente concede à la Oracion; y dejar absolutamente de orar, es no solo despreciar, si no es tambien abandonar el cuidado de su salvacion.

No hablo de la Oracion que se hace en pecado. Bien sé que aunque pecadores, podemos y debemos orar. ¿Qué hubiera sucedido al Publicano, si no hubiese pedido à Dios perdon de sus pecados? ¿Pues qué nos sucederá à nosotros, si no le pedimos perdon de los nuestros? Para que la Oracion del pecador sea agradable à Dios, es necesario tenga el pecador un verdadero deseo de salir del infeliz estado en que se halla; que de otra suerte su Oracion es una irrision. ¿Qué decis à Dios? Señor, lavad mis culpas, no permitais que os vuelva à ofender; ayudadme para alcanzar mi salvacion: *Propitius esto mihi peccatori*. Dios os oirá, Dios os atenderá, Dios os convertirá; pero si al mismo tiempo que os estais complaciendo en vuestras malas costumbres, en los nuevos proyectos de ofenderle, pedis que premie Dios vuestros deseos, es una insolencia, que no quedará sin castigo. ¿No sería suma desvergüenza, dice San Agustin, atreverse quien hubiese injuriado à un Soberano, à pedirle un empleo, sin haber antes por

Luc. c. 18.
23.

Para el Lunes de la IV. semana.

lo menos testificado su arrepentimiento? ¿No sería un gran atrevimiento, dice San Chrisostomo, pedir al padre ofendido la herencia, sin haber dado muestras de sumision primero? ¿Pues cómo esperarais que Dios oyga vuestras súplicas, quando estais tan sordos à sus preceptos? esto no es orar, es escarnecer. No os quejeis de que Dios no os oye; antes dadle gracias porque no os castiga los ultrages. Rogadle de modo que le honreis, y vereis como su gloria y aun su misericordia se interesa en atenderos.

Bien sabeis ser grandes nuestros males, è infinitas nuestras necesidades; pero no os desanimeis, dice el Sabio, à vista de vuestras miserias; porque ellas mismas alcanzarán de Dios ser mas eficaces nuestras Oraciones: *Fili, in infirmitate tua ne despicias te ipsum, sed ora Dominum, & ipse curabit te*. Sea asi que en este cuerpo de barro, de que somos formados, tengamos que quejarnos de una razon que nos alucina; de un amor propio, que nos ciega; de una ilusion de sentidos, que nos engaña; de una inclinacion, que nos arrastra al mal de un conjunto de pasiones, que nos tyraniza; de una infinidad de faltas, que nos affigen; de mil males, que nos consumen, y mil necesidades, que nos atormentan: sea asi, que no tengais sino disgustos que tolerar en vuestras casas; contradicciones que sufrir en vuestros empleos; ingratos, y perversos, que aguantar en el comercio de esta vida: todo esto

Eccl. c. 38.
9.

no

Para el Lunes de la IV. semana. no obstante, ò por mejor decir por todo esto, nuestras oraciones adquieren un gran valor y nuevo merito para con Dios.

No tiene duda que nuestras necesidades hablan por nosotros; pero es menester que por ella hablemos nosotros. Aunque Dios no las ignora, quiere que se las manifestemos; quiere ser rogado, y se agrada de ser depositario de nuestros trabajos. Estos son secretos de vuestro corazón, que debéis à su amor. Decidse los confidencialmente, como vos lo sabéis, y en prenda del buen suceso, lo mas que os puedo decir es, que os ama: *Ipsè amat vos*. Aun digo mas, y añado que nuestras necesidades son mas eloquentes que nosotros. Si, Señores, sí: solo el ponerlas en nuestra Oracion à Dios, es medio mas activo y eficaz, que podrian ser todos nuestros discursos. Para hablarle no son necesarios estudios ni ciencias: no es menester los talentos de hablar bien, ni la gracia del parecer; basta solo sentir las necesidades, y representarselas: no hace falta el memorial, la necesidad sola lo dice con la mayor elegancia: y asi, nada hay mas eloquente que la misma miseria.

¿Lo quereis vér? ¿Qué dixo la Cananea à Jesu Christo? Una sola palabra, pero en ella explicó igualmente lo grande de su dolor y lo vivo de su deseo. Señor, clamó, mi hija está fieramente atormentada del demonio: tened piedad de mí: *Filia mea malè à Dæmonio vexatur: miserere mei*. ¿Qué le dirian las dos hermanas, quan-

Matth. cap. 15. 22.

quando quisieron interesarle en la salud de su hermano? Esta sola palabra: Divino Maestro, el que amais está enfermo: *Ecce quem amas infirmatur*.

¿cómo le hablaba el Profeta Rey en lo sumo de su dolor? Señor, ved como soy atribulado: *Vide, Domine, quoniam tribulor*. Nada mas sencillo, mas simple, ni mas natural, y por eso mismo nada mas eloquente. Vedlo, por el cariño con que Dios responde à semejantes peticiones, y juzgad de su cariño el suceso con que los premió.

Si quiero profundizar para encontrar la razon, hallo que nuestras miserias nos infunden cierto fondo de humildad, que enternece à Dios sobre nuestras necesidades. ¿No nos conmovemos nosotros à la vista de un pobre ò de un enfermo? ¿Será porque le amamos mas que à un rico ò à un sano, ò será porque con estudiada rethorica saben ablandar nuestros corazones y excitar la admiracion? Bien veis muchas veces, que aun hablar les impide el dolor; pero el mismo dolor se explica mucho mejor, que lo podrian ellos hacer. Solo será, si os parece, una mirada, pero tan llena de modestia; una sola palabra dicha en voz baja, pero con tono tan energetico y compasivo, que no se le puede resistir. Su postura sola, aquel abatimiento y sumision, dán vigor à sus palabras: no sé que se tiene el estado y exterior de suplicante, que aun al mas atrevido infunde humillacion y respeto. Estas son las gracias que nos agradan; los atractivos que nos suspenden; las expresiones de una elo-

Para el Lunes de la IV. semana.

Psal. 68. 18.

quien.

Para el Lu-
nes de la IV.
semana.

Job cap. 19.
10.

quencia natural, superior à toda la Oratoria. Os maravillais al oír contar que el Santo Job fue despojado de todos sus bienes, desamparado de sus amigos, llagado en todo su cuerpo, sin haberle quedado sano sino es la lengua y los labios: *Derelicta sunt tantummodò labia circa dentes meos.* Y yo digo que en solo esto tenia el remedio de todos sus males. Sí: porque este abandono, esta falta de todo, esta llaga universal, juntos con la libertad que le dexaba su mal de poder explicarse con Dios en la Oracion, era el mas seguro medio de alcanzar quanto pidiese. Quanto mas humilde su estado, tanto mas segura su Oracion, de mayor poder y de mas eficacia.

Psal. 119. 1.

Por esto el Profeta jamás aparta estas dos cosas, la afliccion y el consuelo de ella en la Oracion. Estaba seguramente cierto de su Oracion, si estaba apoyada de la tribulacion: *Ad Dominum cum tribularer clamavi, & exaudivit me.* Como si dixese: jamás he sido tan prontamente oído como quando he estado en mayor necesidad; y mis mismas penas son quien han puesto fin à mis trabajos, representadas humildemente à Dios en la Oracion. El Profeta Daniél nos dice, que jamás dejó de empezar su Oracion con la confesion de su indignidad:

Dan. c. 9. 4.

Oravi Dominum, exclama. Y bien, Santo Profeta ¿qué le decís? Que hemos pecado, responde, y que estamos llenos de maldades: *Peccavimus, iniquitatem fecimus.* Este preambulo solo

es

Para el Lu-
nes de la IV.
semana.

es el que mas mueve à Dios, y alcanza sus mayores gracias. Y asi, dice Esdras, en poniendome en la presencia del Señor, siempre mi primer cuidado es aniquilarme delante de su Magestad: se cubre mi rostro de confusion con solo acordarme de mis pecados, y con este pensamiento ni aun me atrevo à levantar los ojos en su presencia: *Deus meus confundor, & erubesco levare faciem meam ad te, quoniam iniquitates meae multiplicatae sunt.* No hay mas, dice San Ambrosio, hasta los tiernos infantes nos pueden instruir en esto: sin saber hablar, saben aplacar acariciando à sus madres; las aplacan, porque saben manifestar su necesidad; las acarician, porque saben herir su corazon haciendo pucheritos. Suplicad à Dios como pedis à los hombres, que yo os prometo buen despacho; decia en otra ocasion San Chrisostomo.

1. Esd. cap.
5. 6.

Pero la Oracion ò súplica, que delante de los hombres es un acto de humildad, no sea, añade el Santo, un acto de presuncion delante de Dios; esto es, con cierto ayre de fantasia, de esplendor, de profanidad y mundano al pie del Aitar, mas propio para excitar la ira de Dios, que para mover su misericordia, como aquel vano Fariseo, que empezaba su oracion contando sus virtudes, pareciendonos que Dios debe estarnos obligado, por ofrecerle oraciones tan altaneras; quando el orar debe ser humillandose. Direis, que debe Dios respetar à un nacimiento distinguido, ò à un me-

Tom. III.

F

ri-